



¿FALTAN O SOBРАН VOCACIONES?

Tres noticias hemos podido leer en la prensa que afectan al proceso de renovación de la Iglesia católica.

El Papa Pablo VI ha publicado un mensaje a la Jornada Mundial de Vocaciones en donde habla del descenso de éstas en la Iglesia católica.

«Entre los problemas que preocupan a la Iglesia actualmente —dice el Papa— está el del descenso general de vocaciones, que es, sin ninguna duda, el más urgente, porque en muchos lugares reviste una gravedad siempre creciente».

Este problema no es sólo de la Iglesia católica. También la prensa nos ha dicho que en la Iglesia anglicana se produce este mismo fenómeno, que por eso no parece ser atribuible solamente a la exigencia del celibato por parte del catolicismo, ya que en la Iglesia de Inglaterra los clérigos se casan normalmente, y, sin embargo, el descenso vocacional se acusa fuertemente.

La tercera noticia es la del jesuita padre Ferrer, que un día nos enteramos que ha solicitado su secularización, y al siguiente —casi sin darnos tiempo a asimilar la noticia— leemos que se ha casado con su secretaria. El padre Ferrer era un hombre bien conocido en España en algunos medios apostólicos, tanto de sacerdotes como de seglares, y ha producido su decisión un fuerte impacto en ellos. Sin duda se había mitificado tanto su figura que, en la mente de estos seguidores suyos, no cabía una posibilidad de una decisión tan a ras humano como la adoptada por este misionero español, cuya labor apostólico-social ha sido notable. Estuvo en la India quince años, en una región a 200 kilómetros al Sur de Bombay, donde el nivel económico-social era inhumanamente bajo. Allí los habitantes le dijeron al llegar: «No queremos religión; queremos comida». Y este misionero les hizo caso: abrió pozos de agua, facilitó bombas para el riego, levantó un hospital y una gran escuela donde fueran a estudiar los hijos de estas familias paupérrimas. Durante su labor se encontró con dificultades políticas, que fueron totalmente superadas por su tenaz voluntad y buen deseo. Así a la labor material unió la labor espiritual. Pero —y eso lo olvidaron sus seguidores españoles— era un hombre de carne y hueso con sus problemas íntimos y personales, que han salido a relucir cuando menos se esperaban algunos bienintencionados que dan por supuesto que el proceso de crisis en la Iglesia no toca a figuras como el padre Ferrer, tan mitificadas.

El resultado de todo ello es que no podemos por menos de pensar que, dentro del sacerdocio católico, existe una profunda crisis que se revela en los actuales sacerdotes, pero que tiene una amplia y quizá más profunda repercusión en aquellos que quieren acceder al mismo. Seminaristas y estudiantes de Universidades eclesiásticas manifiestan —difusa o claramente— esta inquietud que les conmueve: un día es una protesta por el sistema de exámenes, como ocurrió este año en el Instituto Superior de Pastoral; otras es la manifestación exterior y pública de disconformidad con la marcha de una Universidad Pontificia, como la de Salamanca; frecuentemente nos enteramos —o por la prensa o por los amigos— del estado de descontento que existe en muchos seminarios, y el descenso de entradas en los mismos (yo conozco uno que tenía el año pasado 110 filósofos, y este año solamente 65).

Todo esto revela un malestar, y este malestar es síntoma de un problema que no está resuelto. Pensar que una sola causa lo explica todo, como hacen algunos, sería totalmente ingenuo. Ni el problema del celibato —como piensa el progresismo— es suficiente causa, ni la pérdida pretendida del sentido espiritual —como opinan los conservadores— lo explica tampoco.

La autonomía que el mundo y la cultura actuales han adquirido plantean nuevos y graves problemas a la Iglesia y a todos los creyentes. El desarrollo psíquico del ser humano y la decisiva influencia de una sana educación sexual son hoy dos cosas acep-

tadas por cualquier psicólogo, sea de la tendencia que sea. Los módulos egoístas que mueven a la sociedad capitalista que invade Occidente son puestos en cuestión con toda razón; y el sistema individualista de educación, que es la recibida casi exclusivamente en los ambientes católicos —clericales o de seglares—, se encuentra fracasado. La vinculación de nuestro catolicismo llamado tradicional con una cultura medieval totalmente desfasada en la actualidad hace que las crisis personales e intelectuales sean cada vez más frecuentes y lleven a un estado de duda y desorientación sumamente disgregador de la personalidad humana.

El hecho de que la religión —y en particular el cristianismo— ha ido adquiriendo toda suerte de cualidades culturales y sociales anticuadas, cargándose indebidamente de ellas, es un peso muerto que estamos actualmente pagando a un precio excesivo, porque tenemos que limpiar el mensaje esencial del Evangelio de algo que se nos enseñó, en ocasiones, como esencial al mismo, sin serlo. Y esta delicada e imprescindible operación quirúrgica de limpieza a fondo resulta siempre psicológicamente dolorosa, y para muchos imposible de asimilar con serenidad.

Todo ello tiene que influir en los seglares evidentemente; pero mucho más en aquellos —como son los sacerdotes— que se encuentran dedicados todo el día a esta función dentro de la cleroatura.

Hace un año hablaba yo con un dominico suizo, el cual me confesaba que el gran problema que ellos tienen es que no saben qué decir a la sociedad contemporánea, porque esta sociedad les considera totalmente desplazados del mundo actual por más esfuerzos de adaptación que hacen. En una palabra: el hombre actual, que vive la cultura de nuestro tiempo y que se encuentra totalmente encarnado y responsabilizado en ella, no acaba de comprender a unos seres que viven todavía en buena parte en una especie de «ghetto» o grupo separado que está empezando a imitar —no sabe él si por oportunismo o por buen deseo— el tipo de vida que él lleva, pero hecho desde fuera y por motivos exteriores.

El hombre de la calle se ha preguntado, en casi todas las épocas de la Historia —sobre todo en los diez últimos siglos—, por qué se encuentra lo eclesiástico tan apartado del pueblo, y deduce consecuencias críticas de una agudeza que, no por ser exagerada, deja de tener una fuerte base en la realidad. Por eso el pueblo —al menos en nuestro país— fue muchas veces anticlerical, y sigue siéndolo en buena parte.

Cada vez hay más hombres sencillos, pero con un mínimo de sentido crítico, que empiezan a pensar: ¿para qué tantos sacerdotes, si muchos de ellos dedican la mayor parte de su vida a actividades que nada tienen que ver directamente con el sacerdocio? ¿no sería mejor que hubiera bastantes menos sacerdotes dedicados a su específica función, y las demás actividades de signo cristiano las realizaran los seglares?

Por eso en nuestro país debemos preguntarnos: ¿el descenso de vocaciones es bueno o malo? ¿debemos preocuparnos ante la perspectiva de que haya menos sacerdotes en el futuro, o alegrarnos por ello?

Yo entiendo que, en el caso concreto nuestro —y sin juzgar lo que pase en otros países—, haría falta algo de lo que vislumbra muchas veces este hombre sencillo y crítico que cada vez encontramos más frecuentemente por la calle, y es que sobran sacerdotes.

O incluso daría todavía un paso más adelante, y pensaría —como el Papa insinuó hace poco— si no tendrán que elegirse —por el pueblo, naturalmente— los futuros sacerdotes entre los que viven insertos en el mundo y casados, puesto que estos hombres maduros evitarían los graves problemas de crisis y de inadaptación que hoy tenemos en el sacerdocio católico tal como existe en la Iglesia latina.